Décimo Quinto Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Dt 30, 10-14; Sal 68, 14 y 17. 30-31. 33-34. 36ab y 37;

Col 01, 15-20; Lc 10. 25-37

Tanto el sacerdote como el levita, cuando llegan a aquel recodo del camino que va de Jerusalén a Jericó y ven allá tendido en el suelo a aquel pobre hombre apaleado por los ladrones, aceleran el paso, cambian de lado del camino, y pasan de largo como si no le hubieran visto.

De hecho, si no cambiaran de lado tropezarían con el herido y no tendrían más remedio que detenerse a ayúdalo. Pero no tienen ganas de hacerlo. Ni el uno ni el otro quieren encontrarse con el herido. Si llegaran hasta allí donde el pobre hombre está echado en el suelo, si lo tuvieran ahí cercano, a sus pies, realmente les costaría mucho dejarlo tirado, no prestarle atención ni ayuda. Por muy endurecido que tuvieran el corazón, no serían capaces de dejarlo en ese estado, medio muerto.

Por eso, tanto uno como otro, cambian de lado en el camino y hacen ver que no se han dado cuenta del estado en que se halla. Y pueden continuar tranquilos su camino, a encontrarse con la gente con quien tenían ganas de estar, a hacer lo que tenían ganas de hacer, sin tener que perder el tiempo ni ensuciarse las manos con alguien que no les va ni les viene, alguien que ellos no se han buscado, alguien que no es de los suyos.

¡Cuántas veces nosotros hacemos también como el sacerdote y el levita! Nosotros, como ellos, intentamos amar a los nuestros, intentamos tratar bien a la gente que tenemos cerca: los de casa, los amigos, los que tenemos cosas en común. Pero a los que no son de los nuestros, a los que no forman parte de nuestro círculo... ¡cuántas veces los olvidamos, qué poco interés tenemos por ellos! Y ¡cuántas veces, como el sacerdote y el levita, miramos que sus sufrimientos no nos afecten, no queremos ver el dolor que hay a nuestro alrededor! ¡Cuántas veces pasamos por el otro lado del camino!

Jesús dice muy claro cuál ha de ser nuestra actitud. Jesús ha recordado el gran mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón... y al prójimo como a ti mismo". Y el maestro de la Ley ha querido buscar excusas, como si no supiera lo que quería decir eso que Jesús le recordaba. El maestro de la ley quiere aclarar bien a quién hay que amar y a quién no es necesario hacerlo. Por eso pregunta: "¿Y quién es mi prójimo?" Pero no hay excusas que valgan. Jesús responde a la pregunta con esta parábola tan diáfana, que es como si dijera: "Tú prójimo son todos aquellos que necesitan que les ames, y de una manera especial los más necesitados, los que peor están".

No hay excusas que valgan. Jesús nos manda amar a los que más lo necesitan, sin preguntar de dónde viene su dolor. Sin preguntar si están como están por su culpa o por irresponsabilidad suya (¡porque a lo mejor el hombre apaleado había cometido la imprudencia de pasar por aquel camino sabiendo que corría el peligro de ser atacado por los ladrones!). Y menos aún sin desentenderse diciendo que nosotros no somos los que hemos provocado aquel dolor y por tanto no tenemos ninguna obligación de socorrerlo. No hay excusas que valgan. Jesús quiere que tengamos siempre los ojos bien abiertos para ver a todos aquellos que yacen apaleados a la orilla de los caminos, y que nos acerquemos a ellos y les tendamos la mano.

Tenemos que planteárnoslo de verdad. Porque hay mucha gente a la orilla de los caminos por donde pasamos. Pensémoslo unos instantes: los enfermos y los ancianos que viven la tristeza de no tener a nadie cerca; los drogadictos y los marginados de cualquier clase; las bolsas de pobreza de nuestras ciudades... Si queremos tener los ojos abiertos, si no optamos por pasar por el otro lado del camino, encontraremos muchas formas de hacer como el buen samaritano. Con nuestra compañía personal a alguien que está solo, con tarea organizadas desde nuestra parroquia, voluntariado de todo tipo, con nuestra aportación económica a campañas de ayuda...

Se trata simplemente de eso: de tener los ojos abiertos, de tener el corazón bien dispuesto, de decidir no pasar por el otro lado del camino. Al final, es lo que decía la primera lectura: "El precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda, ni inalcanzable... El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo".

Ahora, en la eucaristía, se hará presente entre nosotros, Jesús. El es verdaderamente el buen samaritano. El se acerca a todos y libera a los oprimidos por el mal. El se acerca a nosotros y nos salva. Démosle gracias y pidámosle ser como él.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)